

# Democratización



Año 2, Número 9

El Proceso de desvalorización  
del voto en Venezuela

**Ángel Medina Devis**

Nuestra lengua del sufrimiento

**Paola Bautista de Alemán**

Fernando Albán es un mártir  
de la democracia

**Juan Miguel Matheus**

MAYO 2020

# Nuestra lengua del sufrimiento

Paola Bautista de Alemán

El 15 de septiembre se hizo público el informe sobre Venezuela de la Misión internacional independiente de determinación de hechos de Naciones Unidas. La instancia examinó más de dos mil casos de violaciones graves a Derechos Humanos ocurridos en el país y el documento describe con precisión cuarenta y ocho de ellos. Ofrece nombres, expone modos y desnuda dinámicas. Se pudieran hacer distintas consideraciones sobre el tema. Análisis técnicos y observaciones teóricas. Este artículo, sin embargo, es una reflexión sobre la profundidad de las heridas que hemos sufrido en los últimos años y su impacto en el alma de nuestra nación. Es una aproximación al rostro más humano del problema.

Como punto de partida acudiré a las obras de Svetlana Alexievich. Su pluma recoge con especial sensibilidad el mundo interior de quienes sobrevivieron a sistemas totalitarios comunistas. En “El fin del «*Homo sovieticus*»” publica entrevistas a hombres y mujeres que vivieron en la Unión Soviética y ahora son parte de una realidad post totalitaria que los aliena. Hay un testimonio anónimo que refiere a “la lengua del sufrimiento”. Dice lo siguiente: “Nunca dejamos de hablar del sufrimiento... es nuestra forma de conocimiento. Los occidentales nos parecen gente ingenua porque no sufren como nosotros. Tienen medicinas para todos los males. Nosotros, en cambio, sufrimos el Gulag, llenamos de cadáveres los campos durante la guerra y descontaminamos

la tierra de Chernobil con nuestra propias manos desnudas... y henos ahora aquí sentados sobre las ruinas del socialismo. Parece el paisaje después de una batalla. Tenemos la piel curtida; estamos tan machacados... hablamos nuestra propia lengua, la lengua del sufrimiento”.

Vuelvo a ese párrafo con cierta frecuencia. Sin ánimo de equiparar tragedias, me pregunto sobre el impacto de este episodio en nuestra cultura política, en nuestra historia y en el alma de nuestra nación. El informe expone realidades muy duras que no debemos –ni podemos– ignorar. Referiré tres. Seguramente hay más. Primero, los perpetradores son venezolanos. Ciertamente hay tutoría foránea. Pero nos toca desterrar la falsa premisa que le ofrecía consuelo a nuestro orgullo republicano y establecía que las torturas las ejecutaban “los cubanos”. Los que persiguen, secuestran, torturan y asesinan son hijos de esta tierra. La degradación del odio llegó a nuestras venas. Convivimos con los perpetradores. Pueden ser nuestros vecinos. Probablemente nos los hemos cruzado en el mercado. Quizás son papás de los compañeros de nuestros niños o coincidimos con ellos en el ascensor. Por ser venezolanos, han puesto al servicio de la barbarie nuestra picardía criolla. Duele advertir rasgos de creatividad en la manera en que denominan las piezas que integran la estructura de mal. Los cuartos de tortura y las celdas de castigo tienen nombres recurrentes: “El cuarto de los locos”, “La casa de los sueños”, “El tigrito” o “El bañito”. En ellos, nuestra alegre sagacidad se entregó a la perversidad.

Segundo, los militares y sus familias se llevan la peor parte. El informe distingue entre las graves violaciones de derechos humanos que ocurren en el SEBIN y en el DGCIM. Ambas son salvajes. Pero en el DGCIM se observan patrones especialmente viles. La barbarie se extiende de manera sistemática y despiadada

a la familia militar. El punto 323 dice textualmente “las parientes femeninas –de los presos políticos del DGCIM– llevadas a casas clandestinas eran agredidas sexualmente y/o torturadas con asfixia, golpes y descargas eléctricas”. Y es que también convivimos con las víctimas. Pueden ser mamás de los compañeros de colegios de nuestros hijos. Pueden ser nuestras vecinas. Seguramente nos las hemos cruzado en el mercado o hemos visto sus ojos cansados en el ascensor. Después de leer el informe le tengo especial compasión a los militares y a sus familias. Para ellos todo es dolor. Los perpetradores criollos no advierten que son las primeras víctimas de esta estructura de mal y que tarde o temprano enfrentarán la justicia. Y los perpetrados sufren una doble estela de dolor. Por un lado enfrentan el ensañamiento de sus hermanos de armas y, por otro, soportan la mirada sospechosa de una sociedad que resiente la opresión.

Tercero, los sectores más humildes sufren con más intensidad la barbarie. En 2016 fui a un recorrido en el municipio Libertador del estado Carabobo. En la entrada de una casa había un charco de sangre. Adentro lloraban dos mujeres. La noche anterior había habido “un operativo” y los funcionarios ajusticiaron al joven que vivía en ese hogar. La madre del muchacho se esmeraba en afirmar que su hijo no era un malandro. El informe de la Misión describe con precisión las Operaciones de Liberación del Pueblo y las Operaciones de Liberación Humanista del Pueblo. En estos procedimientos funcionarios de la PNB, del SEBIN, del CICPC, del DGCIM y de la Guardia Nacional irrumpen en comunidades pobres y destruyen todo lo que encuentran a su paso. El plomo no respeta nada. Atraviesa paredes y cuerpos. En los casos incluidos se describen las detenciones y los ajusticiamientos. Cadáveres anónimos e insepultos. Desaparecidos ¡Qué ironía! ¡La revolución y sus contradicciones! Siempre dijeron ser el gobierno del pueblo.

Quienes prometieron una vida mejor nos imponen una sobredosis de muerte.

Reitero mis preguntas sobre la profundidad de las heridas y su impacto en el alma de nuestra nación. Dagoberto Valdés, pensador y luchador social cubano, refiere el *daño antropológico* que ocasionan sistemas autoritarios del talante de la revolución chavista. Se trata del “debilitamiento, la lesión o el quebranto de lo esencial de la persona humana que subvierte la vida en la verdad, menoscaba su libertad y vulnera los derechos de las personas, lo que hiere profundamente su dignidad intrínseca, al mismo tiempo que provoca una adaptación pasiva del ciudadano al medio y una anomia social persistente”. En Venezuela se observan síntomas de la enfermedad que refiere Valdés. Hay signos concretos. El informe de la Misión de Naciones Unidas nos confronta con una realidad que durante muchos años algunos negaron y otros catalogaron de exagerada. En el futuro no podremos decir que no sabíamos. Son demasiados casos documentados y no documentados, es perversidad galopante y sistematización racional del mal. Es la primera vez que los venezolanos enfrentamos tales horrores. Somos un país de víctimas y victimarios que nos debatimos entre el dolor y la vergüenza. Difícilmente volveremos a ser los mismos. Enfrentamos el desafío de la gestión de este episodio que nos ha revelado el mal del que somos capaces y que estamos llamados a reparar.

Para terminar vuelvo a las palabras que recogió Svetlana Alexievich y referí al comienzo de este artículo. Me pregunto si los venezolanos desarrollaremos una “lengua del sufrimiento”. Y si la desarrollamos... ¿cómo será? El horizonte que nos espera es amplio. Estamos obligados a colmarlo con la esperanza que ofrecen la justicia y el perdón. No debemos olvidar que debajo de esta “piel curtida” que ha causado y padecido represión, tortura,

exilio y muerte está la nobleza criolla. Están las ideas de Roscio, los versos de Andrés Eloy, las novelas de Gallegos, los cuadros de Reverón, las obras de Cabrujas, la pericia política de los fundadores de la democracia y el testimonio de miles venezolanos que no se rinden. No somos huérfanos y acudir a lo mejor de nuestra herencia republicana nos ayudará a ganar en magnanimidad. Nuestra “lengua de sufrimiento” debe acompañar los horrores superados y “lo afirmativo venezolano”. Debe incluir nuestras luces y nuestras sombras. Rendiremos honor a las víctimas y revisaremos las causas que hicieron posible la devastación. Nuestro “lenguaje de sufrimiento” debe ser un camino de sanación que nos permita avanzar y alcanzar aquello que San Juan Pablo II llamaba “la madurez moral” de los pueblos que han sobrevivido al comunismo.

# Conclusiones

Esta novena edición tiene como finalidad darle al lector herramientas que lo ayuden en la comprensión de la situación política, electoral y de Derechos Humanos en Venezuela. Paola Bautista de Alemán, Juan Miguel Matheus y Ángel Medina Deivis ofrecen tres perspectivas en cuanto a los conceptos de libertad de conciencia, daño antropológico y el sufragio en Venezuela.

A modo de conclusión, se precisará una idea por artículo que ayude a darle un cierre a la lectura y a abrir el debate político.

1. La tortura, el secuestro y el asesinato son una demostración clara del totalitarismo y tienen como finalidad manipular la conciencia del ser humano y degradarlo hasta quebrar su alma. El alma es la parte más importante del ser. A Fernando Albán no lograron quebrarlo y, en el proceso, acabaron con su vida. Acabaron con su vida terrenal, pero su alma quedó intacta. Fernando Albán se aferró a su libertad de conciencia hasta el último minuto. Esto lo hace libre en la eternidad y para siempre.
2. La lengua del sufrimiento venezolana: Paola Bautista de Alemán profundiza sobre este término encontrado en un testimonio sobre la realidad post totalitaria de la Unión Soviética relacionándolo con el informe sobre Venezuela de la Misión internacional independiente de determinación de hechos de Naciones Unidas. La autora, más que explicar teóricamente este término, se refiere a él en un recorrido sobre las consecuencias y el daño que la sociedad venezolana está experimentando a raíz de las acciones del totalitarismo. En esta línea de ideas, la autora también refiere 3

realidades que empeoran las consecuencias y que podrían profundizar el daño: en primer lugar, que los perpetradores de las torturas, desapariciones forzosas y represión son venezolanos; en segundo lugar, que los militares disidentes y sus familias son los más afectados por tratos crueles y violencia por parte de sus pares; y, en tercer lugar, que los sectores más humildes sufren mucho más esta barbarie sin poder levantar la voz. El artículo más que plantear una disertación teórica, se plantea una pregunta: ¿cuál es el alcance del daño antropológico que están sufriendo los venezolanos? Y, con esto, vuelve a traer al debate el término desarrollado por el autor cubano Dagoberto Valdés para poder profundizar cómo se siente, cómo actúa y cómo está la dignidad de la sociedad venezolana.

3. El sufragio en Venezuela ha perdido valor como instrumento de decisión del ciudadano para el cambio político. El voto es una característica esencial de la democracia. Sin embargo, esto no es una carta blanca que signifique que en todos los países donde se celebran elecciones hay democracia. Por el contrario, para que el voto realmente sea una herramienta democrática debe darse en un contexto de transparencia, con árbitros imparciales y con reglas claras respetadas por los actores políticos. En Venezuela actualmente no existe esto. En Venezuela se deben exigir y construir condiciones para un proceso electoral transparente donde realmente se respeten los resultados y estos resultados sean representativos al clamor de los ciudadanos. Sin esas condiciones, los procesos electorales simplemente serán una herramienta del régimen totalitario para afianzarse y mantenerse en el poder.



Con estas tres ideas se culmina esta edición. Tenemos la esperanza de que estos artículos contribuyan al entendimiento político de Venezuela y a profundizar en los debates de la realidad actual.